

El alma del estilo educativo de Don Bosco: La amorevolezza

Pedro Braidó,
Don Bosco al alcance de la mano
Cap. 5

La práctica de este sistema está toda ella fundamentada sobre las palabras de San Pablo:
<Charitas patiens est... Omnia suffert, omnia sperat, omnia sustinet>.

Como todo auténtico estilo artístico, también el poema pedagógico de Don Bosco tiene un hondo principio de inspiración y de unidad, condición de su vitalidad y dinamismo. Admite, por otra parte, un progreso y desarrollo con una sucesiva asimilación de otros conceptos e ideas inspiradoras y asume, luego, un sentido definitivo, una armónica y total globalidad como todas las grandes obras de arte, también las incompletas”.

Por todo ello es posible de alguna manera explayarlo tomándolo en su alma, en sus vibraciones posteriores, en sus deducciones, en sus “conclusiones”, inspiradoras y abiertas a ulteriores dinamismos.

* * *

El sistema pedagógico de Don Bosco nace de su acción educativa.

La acción educativa de Don Bosco nace de su caridad cristiana, de su santidad. La caridad cristiana y sacerdotal llega a ser en él caridad “hecha a la medida del muchacho”, caridad “pedagógica”. Se convierte en aquella particular caridad pedagógica que inspira su inconfundible estilo educativo cristiano, la “amorevolezza”, la amabilidad.

Son las etapas a través de las cuales conquistamos el alma del estilo de Don Bosco.

1. DIAGNOSIS Y TERAPIA

1841: Don Bosco, que vive las primeras semanas de su sacerdocio, está en el primer año de los tres que paso en el “Convitto Eclesiástico”, centro destinado a la profundización teórica y práctica de la moral cristiana. Su Maestro —Un joven sacerdote de Castelnuovo llamado José Cafasso— es quien lo lanza al ejercicio de la caridad educativa.

“Empezó primero por llevarme a las cárceles, en donde aprendí enseguida a conocer qué grandes son la malicia y la miseria de los hombres. Me horroricé al contemplar aquella cantidad de muchachos, de doce a dieciocho años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, roídos por los insectos y faltos en absoluto de alimento material y espiritual. En estos infelices estaban personificados el oprobio de la patria, el deshonor de la familia y su propia infamia. Pero cuál no sería mi asombro y sorpresa al darme cuenta de que muchos de ellos salían con propósito firme de una vida mejor y que luego volvían a ser conducidos al lugar de castigo de donde habían salido pocos días antes.

En esas ocasiones constaté que algunos volvían a la cárcel porque estaban abandonados a si mismos. ¡Quién sabe —decía para mí— si estos muchachos tuvieran fuera un amigo que se preocupase de ellos y les atendiese e instruyese en la religión los días festivos, quién sabe si no se mantendrían alejados de su ruina, o por lo menos si no se reducirla el número de los que vuelven a la encerrona!

Comuniqué mi pensamiento a Don Cafasso y con su consejo y su luz me puse a estudiar la manera de llevarlo a cabo, dejando el éxito en manos del Señor, sin el cual resultan vanos todos los esfuerzos de los hombres>' (M.O. 123).

Este cuadro, que se le presenta al comienzo de su apostolado como educador de jóvenes, permanece todavía siendo el mismo cuando ya el arco de su vida toca el otro extremo... cuando habla sobre la situación en Florencia, a aquel ambiente que Lambruschini describía con los mismos elementos y con idénticas preocupaciones e intenciones y con casi idénticas palabras, cincuenta años antes. Así lo ve Don Bosco en 1881:

"... ¡Cuántos pobres muchachos abandonados, vagabundeando cada día, descalzos, sucios, mendigos, por las callejas de nuestra ciudad!... Viven de limosna y se hacinan de noche en determinados lugares sin que nadie se preocupe piadosamente de sus cuerpos ni de sus almas... Crecen ignorantes de Dios, de la religión, de sus deberes morales. Son ladrones, blasfemos, obscenos, están dominados por toda clase de vicios, son capaces de la acción más recriminable... Muchos de ellos caen en manos de la justicia y van a parar a una prisión donde acaban de corromperse.

Don Bosco ha venido a Florencia por estas razones. Y ha abierto ya un Oratorio Festivo. Don Bosco desearía abrir una residencia para recibir a tantos chicos abandonados, arrancarlos de la corrupción de las costumbres y de la pérdida de la fe educándolos de forma que acaben siendo buenos ciudadanos y auténticos cristianos". (Discurso del 15 de mayo de 1881 a los cooperadores y amigos florentinos. "Bollettino Salesiano", julio 1881.)

El mismo punto de partida y las mismas conclusiones descubrimos en el diagnóstico del sacerdote-educador contemporáneo de Don Bosco, Rafael Lambruschini: "Los muchachos que en pandilla alborotan y molestan por las calles meten miedo. Pero no hay quien los reúna, los invite a caminar por el sendero recto, no hay quien los desasne, quien los quiera de verdad. Se convertirán en ladronzuelos que infestarán los campos, se convertirán en imberbes condenados que en la propia cárcel recibirán las definitivas lecciones para hacer el mal. Nadie se compromete. Todo el mundo dice: a mí eso no me toca, que lo piensen y arreglen los que mandan. Y en tanto el mal crece, y los fantasmas del terror, como nubes de lejana tempestad, se levantan en los ánimos turbados. Todo se intenta y se invoca y se comenta, menos el verdadero remedio". (Del opúsculo *Della necessità di soccorrere i poveri*. 1885. En el vol. *Scritti di varia filosofia e di religione*. A cargo de Mons. A. Gambaro. Florencia, 1939.)

"Crece sin querer conocer más placeres que los corporales, con la inteligencia sin cultivar y pervertida por máximas perversas, sin estar contento de sí mismo, sin desear ser estimado de los demás, sin ningún freno, atrevido y envilecido al mismo tiempo, sin familia ni Patria ni Dios. La compañía de los buenos le aburre, le molesta. Busca otra más a tono con su estado moral en los numerosos chicos o jóvenes corrompidos como él. Pronto forma pandillas. Infunde compasión y mete miedo el verles jugando o riñendo por las calles o repartidos por los campos tratando de apoderarse de lo ajeno. Rotos y andrajosos, con sus cuerpos sucios, con las miradas torvas y lascivas, amenazadores y burlones, con frecuencia armados de palos, retratan en su semblante, en sus palabras, en sus modales, un alma descompuesta y contaminada".

"...Han desaparecido las gracias de la infancia y de la adolescencia. Las facciones más delicadas se han desfigurado y la mirada se desvía por fastidio y por dolor de unos semblantes en los que por su dulzura se quisiera descansar, reposar. No se trata de algo que he imaginado gratuitamente sino de un retrato de lo que he visto con mis propios ojos y que me apena y entristece... y hasta hace temblar. Si hubiera al menos alguien que se acercase a él, que demostrándole afecto encendiese en su corazón una centella de amor, que le dirigiese unas palabras que nunca ha escuchado, estoy seguro de que, si no todos, al menos algunos se recuperarían. He intentado razonarles y he visto relampaguear en aquellos rostros de expresión incierta una cierta luz de bondad. Pero ¿hay alguien que se preocupe de estos miserables? ¿Y

qué podría hacer uno solo o pocos sin medios eficaces para instruirles, ejercitarlos en la virtud, adiestrarlos en el trabajo, para lograr que viva honradamente una caterva de vagos que no pueden ser sustentados ni educados por sus familias?”. (Intervención en la Academia de “Georgofili” de Florencia, 1859. Vol. cit.)

He aquí el mérito fundamental de Don Bosco.

La genérica caridad cristiana que ha animado a tantos santos y cristianos, generosos, sensibles, ha llegado a ser, a diferencia de otros y de acuerdo con grandes santos educadores, caridad educativa, a la medida de la situación juvenil. No se trataba solamente de proporcionar alimento material, albergue, vestido... Sino de ofrecer una familia con toda su influencia: alimento, techo y ropa pero también instrucción, preocupación por el trabajo y por el futuro. En una palabra: educación.

Por todo ello la obra de Don Bosco nacida como centro de acogida y de asistencia para los muchachos “pobres y abandonados”, se transforma enseguida en ambiente de familia y por consiguiente necesariamente en obra educativa.

En esta dirección se hizo grande, abierta a todos los jóvenes más allá de los límites que había sugerido en un principio la idea primitiva, obra de educación y de reeducación. Todos los jóvenes en cuanto tales necesitan de esa específica y muy urgente “asistencia” que es la educación profunda, integral.

El bienhechor de los jóvenes se convertía pues en un padre y por tanto en su educador y Maestro: “adolescentium Pater et Magister”.

La caridad benéfica y asistencial y la caridad educativa crecen gradualmente cada vez más amplia y generosamente, en mutua relación.

“Mientras se organizaban los medios para poder impartir la formación religiosa y la cultura general, apareció otra necesidad imperiosa que había que afrontar: no pocos jovencitos de Turín y forasteros se mostraban llenos de buena voluntad para entregarse a la vida honesta y laboriosa. Pero, invitados a que la emprendieran de verdad, solían responder que no tenían ni ropa, ni casa donde vivir, al menos durante algún tiempo. Para alojar a unos cuantos siquiera que no sabían a dónde ir a dormir, se había adaptado un pajar, en que se podía pasar la noche sobre camastros de paja” (M.O. 199).

“Apenas fue posible usar otras instalaciones se aumentó el número de los aprendices que llegó a quince, todos ellos elegidos entre los más abandonados y en peligro” (1847) (M.O. 205).

“Existía una gran dificultad. Como todavía no había talleres en el colegio, nuestros alumnos iban al trabajo y a clase a la ciudad, con serios peligros morales para ellos, pues los compañeros con que se encontraban, las conversaciones que escuchaban y cuanto aparecía ante sus ojos daban al traste con todo cuanto practicaban y aprendían en el Oratorio... Lo que sucedía con los aprendices era también de lamentar con los estudiantes... El año 1856, con gran provecho para todos se establecieron definitivamente las escuelas y talleres en la Casa del Oratorio” (M.O. 205-206).

2. EL ESTILO DE LA CARIDAD EDUCATIVA DE DON BOSCO

Grandes educadores, desde José de Calasanz a Ignacio de Loyola, desde Juan Bautista de la Salle a recientes fundadores de Congregaciones, dedicadas todas ellas a la enseñanza, se han inspirado en la caridad en sus obras, quizás más complejas que las de Don Bosco. También esta caridad ha sido “caridad pedagógica” con características muy originales y llamativas. Pero es

innegable que la caridad pedagógica de Don Bosco, esa que pasa a la historia con el nombre de “Sistema preventivo” tiene una fisonomía particular con un carácter original bien marcado.

Este carácter difícilmente podríamos encerrarlo, aprisionarlo, en fórmulas. Precisamente porque Don Bosco no ha escrito cuál fue la idea madre de la que nació todo y que sirve para vertebrar el sistema. A pesar de todo, en su pedagogía viva casi con unánime e instintivo consenso, captamos aquel aspecto que, apenas formulado, parece encontrar las ideas y las posturas de toda su vida y lo mejor de su mensaje educativo.

Basta con que volvamos los ojos y el pensamiento a ese Don Bosco que goza cuando se le llama “padre” y que llama a sus jóvenes “hijitos” (sublimando afectuosa y conscientemente la expresión familiar y dialectal piamontesa). Basta con recordar a aquel Don Bosco que juega, que bromea, con sus muchachos, sonriente, bondadoso, que convive; aquel Don Bosco que pronuncia amorosamente la “palabrita al oído” y les habla familiarmente en las “Buenas Noches”, organiza juegos interviniendo en ellos, excursiones al aire libre, cantos e interpretaciones musicales; aquel Don Bosco que tiene prohibida la tristeza y que se inspira en la dulzura de San Francisco de Sales.

Existe una palabra que recorre toda la documentación escrita y oral y se concentra en el documento pedagógico conclusivo de su acción y de su vida, la carta del 10 de mayo de 1884: es la amabilidad (“Amorevolezza”).

Es el modo particularísimo con el que Don Bosco ha hecho suya, revitalizándola, la universal caridad educativa cristiana, ese estilo de “escuela”, por el cual el Sistema Preventivo de Don Bosco constituye una realización original del sistema educativo cristiano que es también esencialmente preventivo.

¿En qué consiste esa “amorevolezza”, esa caridad pedagógica y educativa y preventiva de Don Bosco? Es cuestión de matices, de ligeras pinceladas, pero decisivas. Es posible de alguna manera describirla y señalarla intuitivamente con hechos característicos.

a. **Religión**

Se trata fundamentalmente de una caridad sobrenatural y humana.

En este sentido tiene razón quien afirma que “no basta la pedagogía preventiva para caracterizar el concreto espíritu de la pedagogía bosquiana... La definición más completa y correcta me parece la de “pedagogía teológica” que culmina toda ella en la sacramentalidad cristiana y católica”. (San Giovanni Bosco, *Il Sistema Preventivo*. Escritos y testimonios a cargo de Vito G. Galati. Milán, 1943, pp. 152.)

Teológica y sacramental. Fundamentada en los Novísimos y sobre el pensamiento de la Muerte, ésta es la caridad pedagógica de Don Bosco.

En este aspecto, además del otro de la razón, Don Bosco supera toda forma de sentimentalismo maléfico impidiendo que la amabilidad degenera en sensible y sensual emotividad.

Podríamos sintetizarlo en una expresiva afirmación contenida en una carta del 25 de julio de 1860 dirigida a un alumno en período de vacaciones: “*Sí, querido mío, te amo de todo corazón y mi afecto me empuja a hacer cuanto puedo para que avances en los estudios y en la vida espiritual guiándote por el camino que conduce al cielo*”. (*Epistolario di S. Giovanni Bosco, Vol. I. Turín, 1955, p. 194.*)

Caridad en los objetivos, en los medios, en los procedimientos esencialmente sobrenaturales.

Pero si la "teologicidad" puede indicar lo que constituye la esencia de la caridad pedagógica de Don Bosco, no parece constituir su característica distintiva. San Ignacio, San José de Calasanz, San Juan B. de la Salle, Don Orione, Ludovico Pavoni y todos los educadores y pedagogos cristianos y santos han puesto en práctica una caridad educativa "teológica".

b. Razón

El amor de Don Bosco educador quiere ser un amor exquisitamente, íntegramente humano. Contrario, por tanto, a todo sentimentalismo de igual manera que a todo pietismo falsamente devoto. Se compromete en el terreno de los inmediatos intereses de los jóvenes, de su porvenir, de su profesión, de las futuras responsabilidades. La razón, es uno de los términos del trinomio educativo de Don Bosco.

En los objetivos y en el modo. Por esto la amabilidad se hace sencilla, normal, huye de toda artificialidad...

Don Bosco pide al educador un amor equilibrado, abierto, racional. *"Déjate guiar siempre por la razón, no por la pasión". (MB X, 1.023.)*

La amabilidad no debe deformarse convirtiéndose en esa falsificación de la caridad y de la afectividad que son las lamentables "amistades particulares" con lo que ello supone de peligrosidad de mala ley, excesiva "sensibilidad" y señal, índice y vehículo de lamentables desviaciones...

En sentido positivo la amabilidad razonable se manifiesta de varias formas: exigiendo al muchacho lo esencial, evitando un ascetismo pedagógico inútil y falto de alma, adoptado con el pretexto de robustecer el carácter o como ejercicio de mortificación, etc. Hay que seguir el método de la advertencia preventiva, serena, clara, sincera.

"No deseo que me consideren su superior sino su amigo. Por tanto no me tengan ningún miedo sino mucha confianza, la que yo deseo, les pido y espero de ustedes siendo mis amigos. Aborrezco los castigos, lo digo francamente. No me agrada dar avisos amenazando con sanciones a quien luego caerá en falta. No es mi sistema. Incluso cuando alguno ha faltado si puedo corregirle con una buena palabra, existiendo la voluntad de enmienda, no pretendo más. Es más: si tuviera que castigar a alguno de ustedes, el castigo mas terrible sería el mío, porque sufriría demasiado". MB VII, 503.)

El persuadir a los muchachos está en los mismos cimientos de la "amorevolezza" pedagógica de Don Bosco. Contribuye particularmente a dar a su sistema educativo aquel aire característico de familiar sencillez que impresiona inmediatamente a quien se le acerca.

Es innegable que todo esto nace de una intuición nada superficial ni empírica de la psicología del adolescente, codicioso siempre de "razones" y de pocas complicaciones y de ser tratado con generosidad, comprensión e indulgencia. Por ello, como escribe Don Bosco mismo en el célebre opúsculo sobre el Sistema Preventivo, este método ha de ser preferido a los demás:

- ✓ El alumno, avisado según este sistema, no queda avergonzado por las faltas cometidas, como acaece cuando se las refieren al superior. No se enfada por la

corrección que le hacen ni por el castigo con que le amenazan o que tal vez le imponen. Porque éste va acompañado siempre de un aviso amistoso y preventivo, que lo hace razonable y termina, ordinariamente, por ganarle de tal manera el corazón, que él mismo comprende la necesidad del castigo y casi lo desea.

- ✓ La razón fundamental es la ligereza juvenil por la cual fácilmente se olvidan los chicos de las reglas disciplinarias y de los castigos con que van sancionadas.
- ✓ El sistema preventivo dispone y persuade de tal modo al alumno, que el educador podrá en cualquier ocasión, ya sea cuando transcurre el período de formación, ya en años posteriores, hablarle con el lenguaje del amor.

Al conocimiento de la ligereza juvenil se une, por otra parte, un cauto, controlado pero sustancial optimismo por las efectivas e innatas posibilidades racionales del muchacho a la hora de ir mejorando.

En una conversación histórica con un educador inteligente y perspicaz, que llegará a ser luego colaborador suyo, Francisco Bodratto, Don Bosco hacía esta “profesión de fe”, de esperanza, en el joven: *“Religión y razón son los dos ejes de todo mi sistema educativo. El educador ha de persuadirse de que todos o casi todos estos queridos jóvenes tienen una inteligencia natural para conocer el bien que se les hace personalmente y a! mismo tiempo están dotados de un corazón sensible fácilmente inclinado y abierto a la gratitud”... (MB VII, 761-762.)*

c. Amabilidad

Pero apenas hemos bosquejado la esencia teórica y práctica de la amabilidad educativa de Don Bosco.

Precisamente porque la caridad educativa, sobrenatural y racional, ha de llegar a convertirse en sentida, experimental, visible, casi tangible, en cierto modo “sensible”.

En este momento la intuición educativa central de Don Bosco llega al máximo de pureza y esplendor. Es una intuición característica de la que el educador piemontés ha ofrecido el primero una sabia formulación y una personalísima y valiente realización en su vida y en su forma de actuar.

Se trata de una riqueza tan amenazada, que él no ha querido simplemente confiarla a una fluida e incierta tradición vivida sino que ha querido fijarla en un documento escrito que constituye, a nuestro juicio, el máximo documento pedagógico de Don Bosco, uno de los más notables monumentos de la historia de la pedagogía y de la educación, por más que muchos se empeñen en ignorarlo y continúen con obstinación prefiriendo la glacial y también —especulativamente considerada— poco trascendental “pedagogía general deducida” de Herbart o los con frecuencia insustanciales “Pensamientos sobre la educación” de Locke y otras obras de los llamados “clásicos”...

Quien haya leído y reflexionado sobre **la Carta Romana del 10 de mayo de 1884** no puede quedar libre de una sutil molestia: el temor de que tamaña riqueza llegue a ser olvidada, traicionada, arruinada. Si hubiera sido escrita por un experto teorizante de la Pedagogía, ciertamente habría sido acusado de soñador por alguno (efectivamente, fue un soñador Don Bosco pero... ¡qué sueños tan atados a la realidad los suyos!, como un poeta, como un sentimental. Con todo, esa carta no es otra cosa que el documento escrito de cuanto Don Bosco ha vivido y ha proclamado en su vida, en su acción, en su obra educativa.

“Me parecía estar en el antiguo Oratorio en tiempo de recreo. Era una escena llena de vida, de movimiento y de alegría. Algunos corrían, saltaban, otros hacían saltar a los demás. Quien jugaba a la rana, quien a la bandera, quien a la pelota. En un sitio habla reunido un corrillo de muchachos pendientes de los labios de un sacerdote que les contaba una historia. En otro lado habla un clérigo con otro grupo jugando al “burro vuela”, a los oficios. Se cantaba, se reía, por todas partes. Y por doquier, sacerdotes y clérigos, y alrededor de ellos, jovencitos que alborotaban alegremente. Se notaba que entre los jóvenes y los superiores reinaba la mayor cordialidad, la mayor confianza. Yo estaba encantado al contemplar aquel espectáculo y Valfré me dijo: “Vea, la familiaridad engendra afecto y el afecto con fianza. Esto es lo que abre los corazones y los jóvenes lo manifiestan todo sin temor a sus maestros, a los asistentes y a los superiores. Son sinceros en la confesión y fuera de ella y se prestan con facilidad a todo lo que les quiera mandar aquel que saben que los ama”. (MB XVII, 108.

El cuadro se ilumina todavía más a causa de las misteriosas sombras que se proyectan con la descripción de los efectos de una “caridad” rígida, medida, formal y quizás también teológicamente exacta, pero no pedagógicamente flexible, persuasiva, convincente.

“Vi el Oratorio y a todos ustedes que estaban en el recreo. Pero no oía ya gritos de alegría y canciones, no contemplaba aquel movimiento, aquella vida que vi en la primera escena.

En los ademanes y en el rostro de algunos jóvenes se notaba una tristeza, una desgana, un disgusto, una desconfianza tales que causaban gran pena a mi corazón. Vi, es cierto, a muchos que corrían, que jugaban, que se movían con dichosa despreocupación. Pero otros, y eran bastantes, estaban solos, apoyados en las columnas, presas de pensamientos desalentadores. Otros estaban en las escaleras, en los corredores o en los poyetes que dan a la pared del jardín, para no tomar parte en el recreo común. Otros paseaban lentamente, formando grupos y hablando en voz baja entre ellos, lanzando a una y otra parte miradas sospechosas y mal intencionadas”... (MB XVII 109.)

El remedio se contiene en el joyero de oro de la “amorevolezza” ¿Cómo se pueden reanimar estos queridos jóvenes a fin de que recobren aquella antigua vivacidad, alegría y expansión? He aquí la respuesta: con la caridad. No se trata de la pura caridad teológica, racional, sino de una caridad bien precisa, bien definida en su inconfundible estilo. Es la replica a la pregunta angustiada: “¿pero mis jóvenes no son amados suficientemente? La respuesta es una descripción, un suceder de detalles muy bien determinados que esculpen ciertamente un estilo, tanto más claro y cristalino, cuanto más concretamente se refiere a la ejemplaridad viviente de Don Bosco. Se trata de la “amorevolezza”.

“Lo veo y lo sé... Pero esto no basta. Falta lo mejor. Que los jóvenes no sean solamente amados sino que se den cuenta de que se les ama: Que al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones, aprendan a ver el amor también en aquellas cosas que les agradan poco, como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos y que aprendan a obrar con generosidad y entrega”. (MB XVII, 110.)

Este “lo mejor” puede aparecer como cosa irrisoria, será ontológicamente, éticamente, lo “menos”, lo fútil, pero solamente por medio de él (“lo mejor” pedagógicamente hablando) es como se construye lo demás. Los educadores que olvidan este principio “descuidando lo menos, pierden lo más y este más es el fruto de sus fatigas. Que amen lo que agrada a los jóvenes y los jóvenes amarán lo que es del gusto de sus superiores. Antiguamente los corazones todos estaban abiertos a los superiores. Por ello los jóvenes amaban y obedecían prontamente. Pero ahora los superiores son considerados solamente como

tales y no como padres, hermanos y amigos. Por lo tanto son más temidos que amados". (MB XVII, 110-111.)

d. Familiaridad

A la idea de la "amorevolezza" se le añade otra, que la especifica: la familiaridad.

Don Bosco como teórico de la pedagogía ha resuelto el problema del binomio educador-educando, no en la relación democrática del ciudadano en una "ciudad de los muchachos" sino en la imagen de la familia.

Su sistema ha nacido para devolver a los jóvenes reconstruyéndolo, el ambiente total e integral de la familia. Relación jurídica y pedagógica del padre. Relación hijos-hermanos.

Pero entre los diversos tipos de familia ha elegido el más bondadoso, el más a la mano. No la familia patriarcal, en la que el padre es además jefe indiscutible. No la familia romana con la potestad del "paterfamilias" sino la familia popular, sencilla, con relaciones de bondad, de cordialidad, de presencia, de humilde respeto por parte de los hijos, de servicio sacrificado y escondido por parte de los padres, donde triunfa la "amorevolezza".

La amabilidad es el clima de la familia y ésta es el ambiente en el que realmente y teóricamente también debe desarrollarse la "amorevolezza".

De ella están empapados todos los ambientes educativos de Don Bosco. Comenzando por la forma más difícil: la del colegio-internado que el santo soñó siempre sin fastidiosos "colegiales" de filas, de silencios artificiales e inútiles, de relaciones más propias de la vida militar y monacal.

Naturalmente, todavía más libre y espontánea la forma educativa de la familia se expresa y desarrolla en las instituciones abiertas: el Oratorio Festivo, la Escuela, los grupos juveniles, las "Compañías".

Al llegar a este punto es preciso recurrir una vez más —además de contar con los ejemplos vivos— al documento de 1884.

"Familiaridad con los jóvenes, sobre todo en el recreo. Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado, es preciso que demuestre que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras debilidades. He aquí el Maestro de la familiaridad.

El maestro a quien solamente se le ve en la cátedra es un maestro y nada más. Pero si participa en el recreo de los jóvenes, se convierte también en hermano.

Si a uno se le ve en el púlpito predicando, se dirá que no hace más que cumplir con lo que debe. Pero si se le ve diciendo en el recreo una buena palabra, habrá que reconocer que esa palabra proviene de una persona que ama.

¡Cuántas conversaciones no fueron efecto de alguna de sus palabras pronunciadas de improviso al oído de un jovencito mientras se divertía! El que sabe que es amado ama y el que es amado lo consigue todo especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace que los superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las faltas de disciplina, las ligerezas, las negligencias juveniles.

Jesucristo no quebró la caña ya rota ni apagó la mecha humeante. He aquí el modelo. Entonces ya no habrá quien trabaje por vanagloria. Ni quien castigue por vengar su amor propio ofendido. Ni quien se retire del campo de la asistencia por celos de una temida preponderancia de otros. Ni quien murmure de los demás pretendiendo ser amado y estimado de los jóvenes con exclusión de todos los demás superiores, mientras, en cambio, no cosecha más que desprecios e hipócritas zalamerías. Ni quien se deje robar el corazón por una criatura y para agasajarla descuide a todos los demás chicos. Ni quienes, por amor a la propia comodidad, menosprecien el deber de la asistencia. Ni quienes, por falso respeto humano, se abstengan de amonestar a quien lo necesite. Si existe este amor efectivo no se buscará otra cosa que la gloria de Dios y el bien de las almas. Cuando languidece este amor es que las cosas no marchan bien...

¿Por qué se quiere sustituir la caridad por la frialdad de un reglamento? ¿Por qué los superiores dejan a un lado la observancia de aquellas reglas de educación que Don Bosco les dictó?... Pues sencillamente porque al sistema de prevenir, de vigilar y corregir amorosamente los desórdenes, se le quiere reemplazar por ese otro, más fácil y más cómodo para el que manda, de promulgar la ley y hacerla cumplir mediante los castigos que encienden odios y acarrear disgustos sin cuento. Si se descuida el hacerlas observar, son causa de desprecio para los superiores y de gravísimos desórdenes. Y esto sucede necesariamente si falta la familiaridad. Si, por lo tanto, se desea que en el Oratorio reine la antigua felicidad, hay que poner en vigor el antiguo sistema: el superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o toda lamentación y queja por parte de los chicos, sea todo para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual de sus subalternos y el bienestar temporal de aquellos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados". (MB XVII, 111-112.)